

libre, me dí cuenta de que mi dominador estaba lejos. Haciendo enganchar el coche de prisa he ido á Rouen. ¡Oh!, qué alegría poderle decir á un hombre que obedece: «¡Vamos á Rouen!»

Mandé parar frente á la Biblioteca, donde pedí

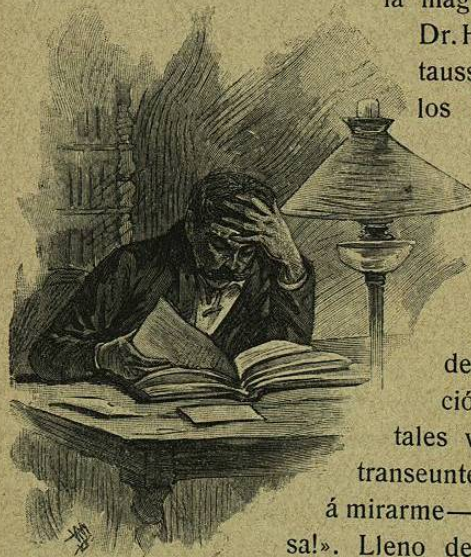
la magnífica obra del Dr. Hermann Herestauss, que trata de los habitantes ignorados en el mundo antiguo y moderno.

Después, al subir de nuevo al coche, quise decir: «A la estación», y grité—dí

tales voces, que los transeuntes volviéronse á mirarme— grité: «¡A casa!». Lleno de angustia, me desplomé sobre los almohadones

del coche. ¡Me había perseguido! ¡me había recordado!

17 de Agosto.—¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo, me parece que debiera mostrarme sa-



tisfecho. Hasta la una de la madrugada ¡he leído! Hermann Herestauss, doctor en Filosofía y en Teología, escribió en su libro la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que vagan en torno del hombre ó aparecen en sus ensueños. Describe su origen, su poderío, su fuerza. Pero ninguno de ellos tiene semejanzas con el que me obsesiona. Diríase que, desde que razona el hombre, ha presentido y ha temido á un ser nuevo, más vigoroso, que ha de sucederle; lo adivina, y sin comprender la naturaleza del dominador futuro, su miedo ha creado una muchedumbre fantástica de seres ocultos, vagas imaginaciones hijas del terror.

Habiendo leído hasta la una, me senté á esa hora junto á la ventana para refrescar mi frente y mi pensamiento en la tranquila obscuridad nocturna.

¡Con qué gusto hubiera respirado, en otras ocasiones, aquel aire suave y tibio!

No había luna. Las estrellas titilaban estremecidas brillando sobre un fondo azul negro. ¿Quién habita esos mundos? ¿Qué formas, qué vidas, qué animales, qué plantas hay allí? ¿La inteligencia, en esos universos lejanos, alcanzará más perfección que la de nuestro mundo? ¿Serán ellos más avisados que nosotros? ¿Comprenderán lo que nosotros desconocemos? ¿Alguno, un día, cruzará el espa-

cio apareciendo sobre la tierra para conquistarla, como en otro tiempo los normandos atravesaban el mar para esclavizar á los pueblos más débiles?

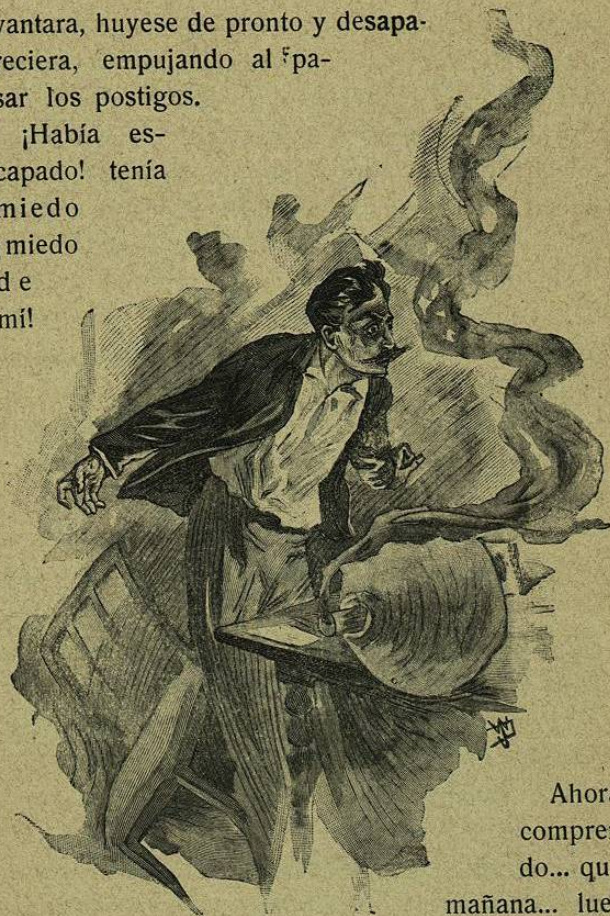
¡Vivimos tan achacosos, tan desarmados, tan ignorantes! ¡y somos tan pequeños! Nuestro mundo es un grano de polvo diluido en una gota de agua.

Con estos pensamientos me adormecí, acariciado por el ambiente apacible de la noche.

Pero á la media hora, sin cambiar de postura, sin hacer un movimiento, abrí los ojos, desvelado por una emoción confusa y extraña. De pronto nada ví; luego me pareció que una hoja de mi libro, el cual había quedado abierto sobre la mesa, giraba como si alguien la empujase. No pudo ser el aire, que ni se movía. Sorprendido y atento, aguardé. A los cuatro minutos próximamente, vi... que otra hoja también se volvía de igual modo. Mi sillón estaba vacío, al parecer vacío; pero comprendí que alguien, sentado en él, ocupando mi lugar, leía en mi libro. Arrojadome furioso, como se arroja una fiera exaltada para descuartizar á su domador, crucé la estancia para cogerle, para oprimirle, para matarle... Pero antes de que yo llegara, mi sillón giró, mi mesa osciló, el quinqué se volcó apagándose y se cerró la ventana, como si un malhechor sorprendido se le-

vantara, huyese de pronto y desapareciera, empujando al pasar los postigos.

¡Había escapado! tenía miedo
¡miedo de mí!



Ahora
comprendo... que
mañana... luego... cualquier día... podré sujetarle, oprimirle,

aplastarle contra el suelo. ¿Acaso no hay perros que al fin se rebelan, mordiendo, matando á sus dueños?

18 de Agosto.—He meditado todo el día. Sí; lo mejor será obedecerle, dejarse arrastrar por sus impulsos, humillarse á su voluntad, servirle con sumisión y cobardía. Es más fuerte que yo, pero llegará un momento...

19 de Agosto.—Ya lo sé, ya lo sé, ¡ya lo sé todo!... Acabo de leer en la *Revista del Mundo Científico* lo siguiente:

«Recibimos de Río Janeiro esta curiosa noticia: Una locura, una epidemia de locura, comparable á las exaltaciones contagiosas que se hicieron sentir en la Edad Media, se ha declarado en la provincia de San Pablo. Los habitantes, aturridos, abandonan sus hogares, huyen de los pueblos, no cultivan los campos, diciéndose perseguidos, poseídos, acosados como un rebaño, por seres invisibles aunque tangibles, por una especie de vampiros que aprovechándose de su descanso, se nutren á expensas de su vida, que toman agua y leche, sin usar al parecer de ningún otro alimento.

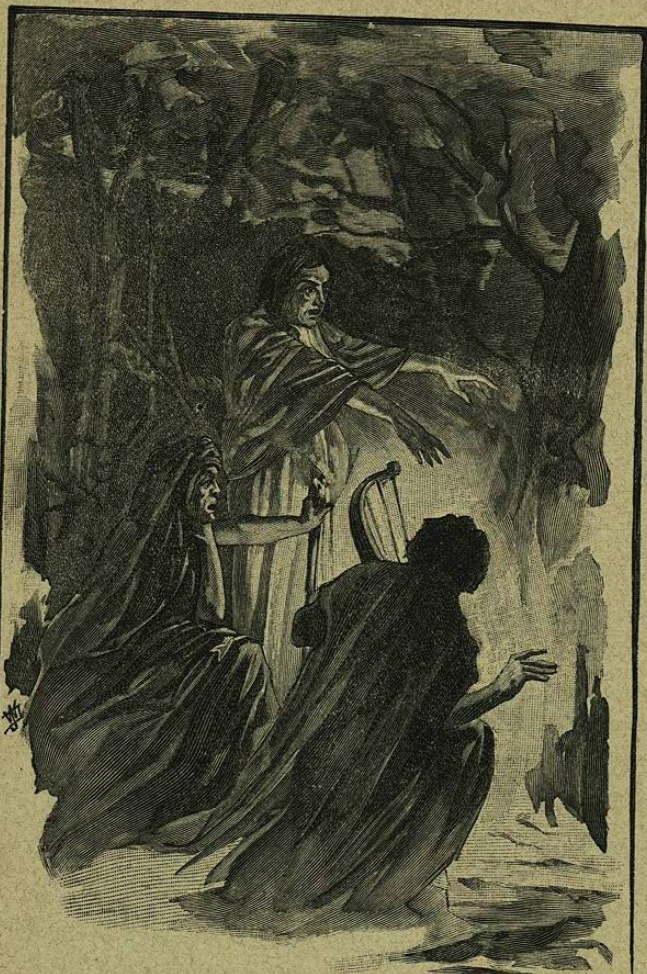
»El profesor don Pedro Henríquez, presidiendo una comisión de ilustres médicos, irá inmediatamente á San Pablo, para estudiar sobre el terreno

el origen y las manifestaciones de tan sorprendente locura, con objeto de proponer al emperador los medios que juzgue más convenientes para devolver la razón á esas muchedumbres delirantes.»

¡Ah! Recuerdo. ¡Ya recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó bajo mi ventana, subiendo por el Sena, el día 8 de Mayo último!... ¡Me pareció tan agradable, tan blanco, tan alegre! ¡El dominador venía en él; venía desde lejos, del país asolado por su raza! ¡Me vió! Sí; viendo mi casa blanca, limpia y alegre también, saltó desde el buque á la orilla. ¡Oh! ¡Dios mío!

Ahora ya lo sé, ya lo comprendo. La preponderancia del hombre ha terminado.

Ha venido al mundo Aquél de quien temían los pueblos primitivos; Aquél á quien exorcizaban los sacerdotes inquietos, el evocado por las brujas en las noches lúgubres, el que sin haber aparecido aún fué concebido por los presentimientos del hombre—dueño transitorio del mundo—, quien le imaginaba de muchas maneras horribles ó graciosas, inventando los gnomos, las almas en pena, los genios, las hadas y los duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, los hombres más perspicaces lo presintieron más claramente. Mesmer lo adivinó, y hace algunos años que los mé-



dicos descubren de una manera precisa la naturaleza de su poder antes de que lo ejerza. Han ensayado con las armas del Señor nuevo, la dominación de una misteriosa influencia, esclavizando la voluntad humana. Llamaron á eso magnetismo, hipnotismo, sugestión... Los he visto entretenerse, como niños traviesos, con ese horrible poder. ¡Infelices de nosotros!... ¡Desdichada humanidad! Ha llegado, ha invadido la tierra el... el... ¿Cómo se llama? El... Me parece que me grita su nombre y no lo entiendo... El... ¡Sí!... le oigo gritar... le oigo y no puedo... Lo repite... sí... ¡El Horla!... Ya lo he oído... ¡El Horla!... Es él... es El Horla... ¡Vino al fin!

¡Ah! El buitre hizo presa en la paloma; el lobo ha devorado á la oveja; el león ha vencido al búfalo; el hombre ha matado al león con su cuchillo y con su carabina; pero El Horla puede hacer del hombre lo que hicimos del caballo y del buey: su esclavo y su alimento, imponiéndole su voluntad. ¡Infelices de nosotros!

Los animales rebélanse á veces y matan á quien los domestica... Yo también pretendo... Acaso podré... Pero es preciso que le conozca, es preciso que le palpe y le vea. Los naturalistas dicen que los ojos de los animales difieren de los nuestros, que no ven como nosotros... Y mi

vista no me descubre al dominador que me oprime.

¿Por qué? ¡Oh! Ahora recuerdo lo que me dijo el fraile del monte de San Miguel: «¿Acaso conocemos la cienmillonésima parte de lo que existe? Vea usted el viento, la fuerza más poderosa de la Naturaleza, que vence al hombre, derriba los edificios, desarraiga los árboles, encrespa el mar en montañas de espuma, estrella contra las rocas los buques, mata, silba, gime, ruge, y ni le vimos nunca ni podemos verle. Sin embargo, ¡existe!»

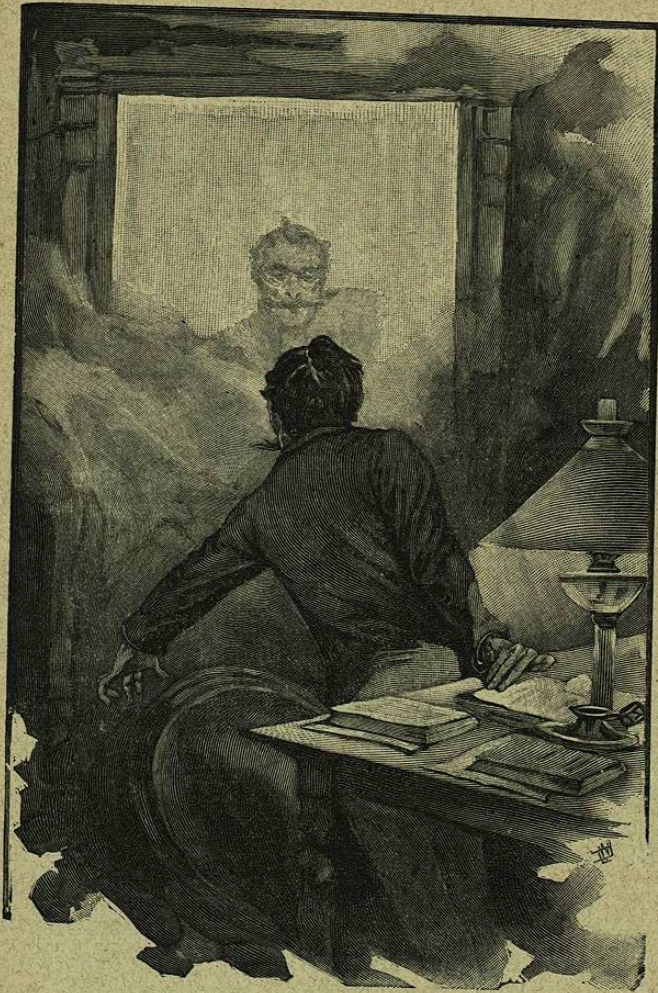
Y reflexiono: mi vista es tan débil, tan imperfecta, que ni consigue distinguir los cuerpos más duros, cuando son transparentes. De igual modo que un pájaro se lanza contra los cristales de un balcón, lanzaríase un hombre contra un cristal inmenso cruzado en su camino. ¿No hay mil apariencias engañosas? Nada tiene, pues, de sorprendente que no percibamos un cuerpo nuevo translúcido y sutil.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? Su venida era inevitable. ¿Qué motivo hay para que seamos nosotros los últimos? No pudimos comprobar su existencia, como la de los que nos han precedido. ¿Por qué? Sin duda, su complexión es más poderosa, y su cuerpo más acabado y sutil que nuestro pobre cuerpo, desastrosamente modelado, víctima de las

complicaciones de los órganos múltiples que nos angustian, haciéndonos vivir como las plantas y como las bestias, nutriéndose con dificultad—y en un continuo y fatigoso funcionamiento—de aire, de agua, de hierbas y de carne; mecanismo animal, sujeto á dolencias, á deformaciones, á podredumbres; embarazoso y mal organizado, sencillo y extraño; obra ingeniosamente imperfecta, burda y delicada; esbozo de un ser que pudiera transformarse al fin en otro, inteligente y soberano.

Hay especies muy diversas en el mundo. Antes de aparecer el hombre hubo muchas que han desaparecido y otras que subsisten aún. ¿Por qué no ha de presentarse otra nueva?

¿Por qué no? ¿Por qué no ha de ser posible que se produzcan otros árboles distintos de los ya clasificados, cuyas flores ofrezcan perfumes penetrantes y desconocidos? ¿Por qué no ha de haber otros elementos que la tierra, el agua, el aire y el fuego? ¿Por qué? ¡Son cuatro, sólo cuatro, esos engendradores de vidas! ¡Qué miseria! ¿Por qué no son cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil? ¡Es muy pobre todo; todo mezquino, miserable! ¡Todo hecho con avaricia, torpemente, sin gusto! ¡Ah! El elefante, el hipopótamo, ¡qué esbeltez! El camello, ¡qué elegancia!



En cambio no faltará quien arguya: «La mariposa, es una flor que vuela.» Yo imagino una mariposa del tamaño de cien universos y no acierto á concebir la forma, el encanto, el color de sus alas. Pero la veo... va de unas estrellas á otras, refrescándolas, aromatizándolas, en sus correrías armoniosas y ligeras... Las muchedumbres que habitan otros astros, la ven pasar extasiándose.

.....
 ¿Qué me ocurre? ¡Ah! es él... es El Horla que me obsesiona, que me hace imaginar esas locuras. Ha penetrado en mí, domina en mi alma. ¡Le mataré!

19 de Agosto.—¡Le mataré! Ya pude verle. Ayer, sentándome junto á la mesa, me puse á escribir como si me hallara muy embebido en lo que hacía... Estaba seguro de sentirle vagar en torno mío, cerca, muy cerca; seguro de tocarle, de cogerle. ¡Ah! ¡si le cogiera! si lograra poner en él mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi cabeza, mis dientes, para estrangularlo, aplastarlo, morderle, desgarrarlo!

Y le aguardaba, con todo mi organismo en tensión.

Había encendido los dos quinqués y las ocho bujías de los candelabros que hay sobre la chimenea, como si aquella claridad me ayudase á descubrirlo.

Delante de mí veía mi cama, una cama de columnas, antigua; á mi derecha, la chimenea; á la izquierda, la puerta, cerrada cuidadosamente después de haberla tenido bastante rato abierta, invitándole á entrar; detrás de mí un armario de espejo que me sirve para vestirme, para afeitarme y donde tenía costumbre de mirarme de los pies á la cabeza cada vez que pasaba frente á él.

Mostrábame absorbido en mi trabajo para enganarle, porque seguramente me observaba, y de pronto le sentí cerca; estuve seguro de que por encima de mi hombro, rozando mi oreja, leía lo que yo iba escribiendo.

Erguíme, con las manos crispadas, y volviéndome con tanta rapidez que á poco pierdo el equilibrio... ¿Qué pasó? Tanta luz, tanta claridad ¡y no me veía reflejado en el espejo! El espejo se mostraba claro, profundo y vacío. Lo miré con ojos aterrados. No me atreví á moverme siquiera, sintiendo que se hallaba El Horla cerca de mí, pero que no podría vencerle, que se libraría una vez más, cuando su cuerpo imperceptible había devorado la imagen del espejo.

¡Qué miedo tuve! De pronto comencé á verme reflejado entre una bruma densa que se desvanecía poco á poco. Era como el fin de un eclipse. La

sombra que me ocultaba no parecía tener contornos definidos; era una especie de transparencia opaca.

Luego pude verme ya, claramente reflejado. La imagen aparecía como de costumbre cuando me aproximaba al espejo para mirarme.

Pero, aquella visión confusa y tenue, aún me hace temblar.

20 de Agosto.—¿Matarle? ¿Cómo? ¿Cómo le mataré si no le alcanzo? ¿Un veneno?... me verá echarlo en el agua. Y además, ¿cómo saber si los venenos obran en su cuerpo imperceptible? No... no le dañarían sin duda. ¿Qué recurso adoptar?

21 de Agosto.—Hice venir á un cerrajero de Rouen que ha de construirme unas persianas de hierro, como las que tienen algunos hoteles de París en las aberturas del piso bajo, para evitar las visitas nocturnas de ladrones. También construirá una puerta por el estilo. Habrá supuesto que soy un miedoso.

¿Qué me importa?

.....
10 de Septiembre.—Rouen, Hotel Continental. Ya está... ya está...

¿Pero habrá muerto? Aún me desconcierta lo que vi.

Ayer colocó el cerrajero las persianas y la puerta nueva, y á pesar de que hace ya bastante frío, lo dejé todo abierto hasta media noche.

De pronto sentí que había llegado; un placer, un placer infinito me invadió.

Levantéme tranquilamente y anduve de un lado para otro, procurando que no adivinara mis pensamientos; luego me quité las botas y me puse las zapatillas; al fin cerré las persianas de hierro dirigiéndome despacio hacia la puerta, y al llegar la cerré de golpe y con llave. Volviendo luego á la persiana, la sujeté con un candado y me guardé la llave en el bolsillo.

Al punto comprendí que se agitaba en torno mío;



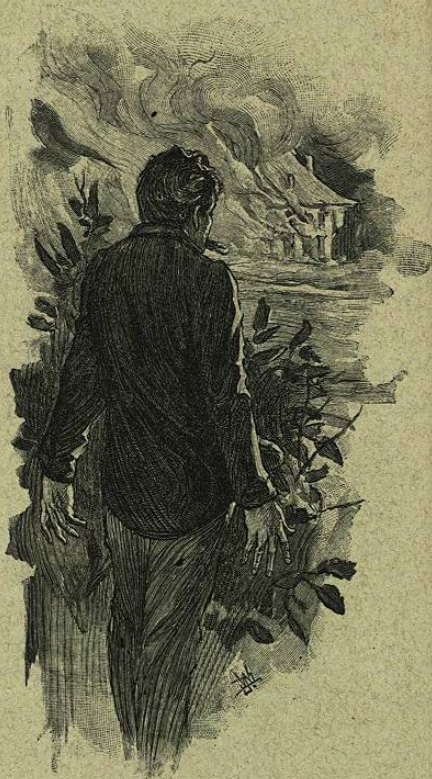
que á su vez tenía miedo; que me ordenaba que abriese. A punto estuve de ceder, pero no cedí. Arrimándome á la puerta, entreabríla nada más lo preciso para pasar yo de perfil, y, como soy muy alto, mi cabeza tocaba en el dintel. Así pude convencerme de que no había salido el otro, y cerré por fuera, dejándole allí. ¡Qué alegría! Ya estaba cogido. Bajé la escalera corriendo; entrando en la sala, que está debajo de mi alcoba, derramé sobre los muebles el petróleo de los dos quinqués; prendí fuego y salí al jardín, habiendo cerrado la puerta con llave.

Oculto entre unos laureles, aguardé. ¡Tardaba mucho, mucho! Todo estaba obscuro, silencioso, inmóvil; ni un soplo de aire, ni una estrella. Invadían el espacio montañas de nubes, que no se veían, pero que pesaban sobre mi corazón; ¡pesaban atrocemente!

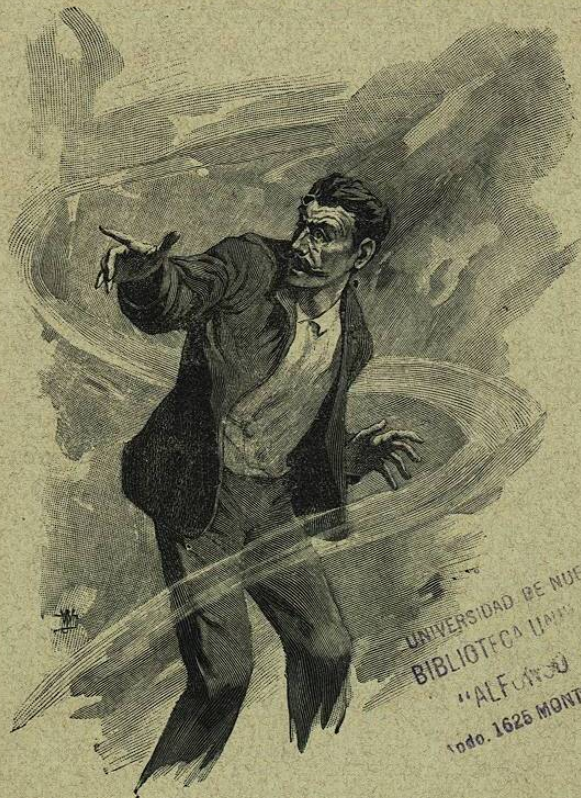
Mirando mi casa, esperé con impaciencia. Ya suponía yo que se habría extinguido el fuego, que acaso lo apagó Él, cuando una de las ventanas del piso bajo cayó, empujada por el incendio, y una llama, una tremenda llama roja y amarilla, larga, flexible, acariciadora, subió por el muro blanco, lamiéndolo hasta el alero del tejado. Una claridad se filtró entre los árboles, impregnando sus ramas

y sus hojas; y también un temblor de miedo. Los pájaros, que dormían, revolotearon aturridos; un perro comenzó á ladrar. Me pareció que amanecía. Se abrieron estrepitosamente otras dos ventanas del piso bajo, el cual ardía como un horno. Un clamor, un clamor horrible, agudísimo, desgarrador, un grito de mujer, resonó en la noche; y las guardi-llas se abrieron. ¡Había olvidado á mi servidumbre! Vi sus rostros lívidos y sus brazos que se agitaban.

Horrorizado corrí hacia el pueblo, dando voces: «¡Fuego, socorro, socorro, fuego!» Algunos iban ya en dirección á mi



casa, y volví con ellos para ver lo que ocurría. Era una inmensa hoguera, una hoguera horrible



y magnífica, una hoguera monstruosa que todo lo iluminaba, una hoguera donde perecían mis cria-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos y donde moría también abrasado Él, Él, mi prisionero, el ser desconocido, el dominador, ¡El Horla!

De pronto el tejado se desplomó entre los muros, y un volcán de llamas encaramóse hasta el cielo.

Por todas las ventanas abiertas veíase la rojiza lumbre del interior, y Él estaba en aquel horno, muerto...

¿Muerto? ¿Es posible?... Su figura impalpable, que los rayos de la luz atraviesan, ¿se destruiría por los medios que nos destruyen?

¿Y si no hubiera muerto...? Acaso la edad, sólo el tiempo, vence al Ser Desconocido y Terrible. ¿De qué le serviría su figura transparente, vaga, espiritual, si hubiera de temer, como nosotros, las desgracias, las heridas, las enfermedades, la destrucción prematura?

¡La destrucción prematura! Es el origen de nuestro espanto. El Horla debe reemplazar al hombre. Después del que puede morir todos los días, á cualquier hora, en cualquier momento, por cualquier accidente, ha venido el que sólo debe morir en su día, cuando llegue al fin de su existencia.

No..., no.. Sin duda no ha muerto..., no habrá muerto... Y en ese caso..., lo más conveniente será que muera yo...

.....



AMOR

TRES PÁGINAS DEL "DIARIO DE UN CAZADOR.,

ACABO de leer en una noticia de un periódico un drama pasional. Un hombre que mató á una mujer, suicidándose luego, lo cual demuestra que la quería. ¿Qué importan él y ella? Sólo me importa su amor: y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva, ni porque me haga reflexionar; sino porque me trae á la memoria un recuerdo de mi juventud, extraño recuerdo de una cacería en que se me apareció el amor, como se aparecían á los primeros cristianos cruces dibujadas en el cielo.

Nací con todos los instintos y todos los afanes de un hombre primitivo, moderados por los razonamientos y las emociones de la civilización. La caza era mi encanto; las piezas heridas, las plumas ensangrentadas, la sangre en mis manos, me producían un goce sublime.